Lugares comunes: "vida desnuda" y ficción

Gabriel Giorgi

Lugares comunes

Hay nociones teóricas o figuras del pensamiento que, por su capacidad para interpelar, conjugar o resumir un campo de problemas en un momento historico determinado se vuelven una suerte de signo epocal, de lugar común, si no inevitable, al menos esperable en los lenguajes públicos. Conforman la *doxa* de una cultura intelectual que, por cierto, puede sedimentar los modos más estáticos del sentido común, pero que también definen las maneras en que una época se imagina y se vuelve inteligible a sí misma. Ese es, me parece, el destino de la noción de "vida desnuda", propuesta por Giorgio Agamben a principios de los años 90, nocion que, como se sabe, ha generado un numero importante de debates y de problematizaciones, y que se ha vuelto disponible para los usos mas diversos.[i] Se interprete el sentido de esta fórmula como sea – y desde luego, en el interior mismo de la escritura de Agamben la nocion es inestable –, la "vida desnuda" refiere siempre una "zona de indistincón" entre la vida humana socialmente reconocible y la vida "meramente biológica", es decir, la vida despojada de la marcas que la vuelven objeto de protección y reconocimiento por parte de un orden jurídico y político dado. La ciudadanía, evidentemente, es el modelo de ese reconocimiento, pero no el único: el consumidor, el trabajador, el miembro de una comunidad, etc., son todas marcas que asignan los cuerpos a universos específicos de reconocimiento. La "vida desnuda", por el contrario, indica la instancia en que esas marcas quedan suspendidas, donde la legibilidad social de un cuerpo se interrumpe, y donde emerge esa suerte de residuo que es la vida "meramente" orgánica, reducida a su sustrato biológico, en un límite ambivalente con lo animal (Agamben, 1999). Pobreza, inmigración, violencia política, étnica o sexual, cuestiones de bioética, etc.: la "vida desnuda" aparece como una caja de resonancia donde los temas más heterogéneos se articulan en torno a ese umbral o límite de abandono y exposición de los cuerpos (y ese quizá sea el índice de su novedad: su capacidad para reordenar problemas y cuerpos que provienen de problemáticas y vocabularios diferentes).

El hecho de que la época que ha hecho de la "calidad de vida" su valor supremo y su principal código ético encuentre en la "vida desnuda" su revés – su espectro – habla no solamente de la resonancia de una categoría sino también de una transformación de los materiales y los modos de

problematización de lo político.[ii] En este sentido, quizá el aura epocal de la noción de "vida desnuda" provenga del hecho de que es un modo de nombrar la crisis y el desvanecimiento de los mecanismos de protección de la vida humana que se asociaron al Estado moderno – fundamentalmente, a través de la noción de "ciudadanía nacional" y del conjunto de derechos y de reconocimientos que venían asociadas a ella, derechos y privilegios que, sin bien permanecieron largamente incumplidos en las sociedades modernas, definían el horizonte normativo y la promesa de lo posible en la imaginación social. En las sociedades contemporáneas ("postmodernas", "neoliberales", "postfordistas", etc.) ese horizonte se desvanece junto a la centralidad del Estado como agente de producción de lo social, dejando lugar a esa nueva precariedad de la "vida desnuda" despojada de sus reconocibilidad política, en su exposición a un 'afuera' hecho de las fisuras, los quiebres o, directamente, las ruinas del Estado moderno y de su promesa de protección universal de la vida humana. Si el presente, en una de sus aristas, es el tramado marcado por los efectos del neoliberalismo, entonces uno de los factores determinantes de lo contemporáneo es un Estado que ha abdicado de la misión de proteger, de modo "universal", la vida humana; la "vida desnuda" refleja esa renuncia, y con ello, la *condición postestatal* que se realiza en la dislocación de distinciones normativas entre humano/animal, normal/anormal, vida humana/vida biológica, etc.[iii] Lo que aparece como marca histórica de la "vida desnuda", entonces es, por un lado, una nueva relación con la precariedad de la vida que pone lo biológico en el centro de la escena (incluso una nueva visibilidad de esa precariedad, en las figuras de las incesantes *víctimas* que pueblan la semiosfera), y una nueva inestabilidad de la definición (y la atribución) de lo "humano", por la cual lo animal, lo bestial, lo puramente orgánico, la vida primaria o elemental o "natural", pone en jaque los modos en que se reconoce social, cultural y políticamente la humanidad de un cuerpo. Es esa dislocación entre "vida" y "humana", ese desajuste irreparable, lo que la formula de Agamben (con mayor o menor éxito) nombra; desde esa dislocación emergen los materiales de muchas de las exploraciones literarias del presente. Si la "calidad de vida" es el valor que conjuga tanto las aspiraciones éticas como económicas en nuestra época (combina, en efecto, el comfort con la moral), la literatura interroga, precisamente, qué es la "vida sin calidad" , qué es lo viviente desprovisto de reconocimiento social, económico, político, qué sucede cuando *eso* irrumpe en los lenguajes y en las gramáticas de la imaginación pública.

La dislocación de la "vida desnuda" aparece, en este sentido, como material común a escrituras que hacen de ese límite ambivalente con la vida biológica una dimensión de exploración y de experimentación, trabajando el espaciamiento o separación entre el "sujeto" (el individuo, la

persona, el yo, etc.) y ese resto corporal, biológico, ese "ser viviente" sin cualificaciones en el que, por factores que involucran dimensiones políticas, se convierten. Muchas ficciones literarias aparecidas en América Latina en aproximadamente los últimos diez años piensan, en múltiples entonaciones, esa disociación entre la "persona" y la "cosa viviente"[iv] como problema a la vez estético y político, reflejando, en algunos casos, la degradación de lo social propia de la era neoliberal, o la emergencia de nuevos materiales que vienen de registros inéditos de la sexualidad, la enfermedad, etc.; y lo hacen interrogando una multiplicidad de direcciones que presentan sentidos heterogéneos alrededor de la reducción a lo "meramente" biológico... Si, como me gustaría sugerir, la "vida desnuda" es una coordenada decisiva en la cartografía imaginaria de nuestra época – a la vez, de la imaginación teórica y de la imaginación cultural –, esa coordenada abre un campo de significaciones irreductibles a un sentido uniforme.

Creo que se podría pensar en una constelación de ficciones latinoamericanas conjugada alrededor de la cuestión de la "vida desnuda"; ficciones que elaboran lenguajes y relatos en los que lo "meramente biológico", lo animal, lo menos-que-humano, aparece como una dimensión central en sus exploraciones sobre la experiencia subjetiva y colectiva; textos que hacen de la crisis de la "persona", de su deshacerse, la ocasión del encuentro con una biología inasignable, mutante, irreconocible – pienso, por ejemplo, en textos de Fernando Vallejo, de Diamela Eltit, de Mario Bellatín, entre otros. En esa constelación posible, hay dos momentos que me parecen claves: por un lado, la "Parte de los crímenes", una de las cinco "partes" o novelas de *2666* de Roberto Bolaño, sección que, como se recordará, contabiliza los asesinatos de mujeres en una "Santa Teresa" ubicada en la frontera entre México y Estados Unidos.; la segunda, los textos de João Gilberto Noll, especialmente los más recientes, en los que ficciones alrededor de la pérdida del "yo" – pérdida de memoria, de identidad, de "lugar" – se tornan instancias en las que aparecen cuerpos inasignables, social y culturalmente, alrededor de los cuales se interrogan modos de lo *común*. Me parece que entre estos textos y estos proyectos se leen dos modos de enfrentar estética y políticamente la cuestión de la "vida abandonada" y su irrupción generalizada – es decir, incontenible, irreparable – en el paisaje de lo social.

El relato forénsico

"La parte de los crímenes", de *2666*, despliega, alrededor de los itinerarios de "von Archimboldi" – ese mito errático del escritor moderno (es, podría decirse, *pura función de autor*) – una sucesión muy extensa de viñetas de los cuerpos de las mujeres asesinadas en el momento en que sus cadáveres son encontrados. Se trata de un repertorio incesante de cuerpos torturados, violados, hollados, mutilados, cuyos asesinatos, en su inmensa mayoría, permanecen irresueltos – su acumulación es a la vez numérica y simbólica, en la medida en que se suceden en el vacío jurídico (que es casi un vacío narrativo) en el que tiene lugar su muerte. La serie de los cadáveres habla, evidentemente, del universo de violencia sexual y de género que los produce en semejante escala, y al mismo tiempo, despliega la insistencia encarnizada en destrozar, desecrar los cuerpos, volverlos pura *cosa* abyecta, irreconocibles como "cuerpo humano". "Santa Teresa" – y, por extension, "la frontera" – es en el texto de Bolaño la "zona" de un experimento final donde no sólo se asesina masivamente a mujeres sino que se destrozan sus cuerpos, donde la víctima es la instancia de un cuerpo y una fisiología a denigrar además de una subjetividad a herir y a eliminar. Un "caso", entre los muchos:

> A finales de septiembre fue encontrado el cuerpo de una niña de trece años, en la cara oriental del cerro Estrella. Como Marisa Hernández Silva y como la desconocida de la carretera Santa Teresa-Cananea, su pecho derecho había sido amputado y el pezón de su pecho izquierdo arrancado a mordidas. Vestía pantalón de mezclilla de la marca Lee, de buena calidad, una sudadera y un chaleco rojo. Era muy delgada. Había sido violada repetidas veces y acuchillada y la causa de la muerte era rotura del hueso hioides. Pero lo que más sorprendió a los periodistas es que nadie reclamara o reconociera el cadáver. Como si la niña hubiera llegado sola a Santa Teresa y hubiera vivido allí de forma invisible hasta que el asesino o los asesinos se fijaron en ella y la mataron. (276-77)

Como territorio ficcional, Santa Teresa es una zona (expansiva, contagiosa: "la frontera"), que escenifica los cuerpos en el momento en que se desligan de aquello que hace de ellos *personas* para convertirse en mera fisiología, una anatomía despojada de toda referencia personal que la humanice.[v] Las miniaturas narrativas que en el texto trazan el semblante de las víctimas a través de detalles – la ropa, el interior de sus casas, las palabras de sus conocidos, sus a menudo inciertas historias – no hacen sino señalar el abismo que separa la *persona* de la carne irreconocible en que han sido convertidas: como en Sade, la violencia es aquí la reducción del individuo a una fisiología socialmente inasignable, vuelta objeto de violencia y de ejercicios soberanos. El hecho de que las víctimas sean mujeres estampa sobre el género la línea de soberanía, haciendo del cuerpo femenino objeto a la vez de castigo, de control y de goce. La violencia de género – y, en gran medida, de clase

– es la instancia de una "decisión soberana" por la cual esos cuerpos femeninos son constituidos en mera fisiología sin estatuto jurídico, en cuerpos cuyo asesinato no constituye homicidio. Puesto que aquí no sólo se mata a las mujeres: se desfigura a sus cuerpos, se los convierte en una materia extraña, sin nombre, una especie de experimento tanático.

Es significativo el hecho de que los relatos de las muertes frecuentemente señalen que muchas de las torturas que muestran los cuerpos tuvieron lugar después de la muerte de las víctimas, como si la vida de la "persona" y la vida del "cuerpo" fueran separadas en la secuencia de la violencia, como si la muerte fuese una sucesión de múltiples instancias, y como si, después de muerta la persona, el cuerpo perdurara como materia a violar, a torturar, a marcar. Por eso la *desecración* de los cuerpos aquí es clave: porque destruye la idea de la "unidad" de la muerte, de la muerte como acto o pasión única. En Sade (o en Osvaldo Lamborghini, por caso) el crimen culmina en la muerte de la víctima; aquí, en cambio, la muerte se dubdivide, se segmenta, se despliega en actos numerosos (y jurídica y narrativamente irreconstructibles.) Ese espaciamiento de la muerte, esa dispersión en secuencias continuas y en actos diversos (coextensivo a su contagio espacial: las muertas aparecen "por todos lados"), es lo que puebla "Santa Teresa", como universo donde no se puede reconocer más la distinción entre vivir y morir, donde no se sabe ni se puede saber (ni se puede narrar con precisión, ni se puede definir jurídicamente) cuándo un cuerpo empieza a ser un "cadáver", o cuándo una "persona" empieza a ser una "cosa" o un "animal". Ese contagio – esa "zona de indistinción" conjugada en la mirada forénsica que describe estos cadáveres – es la metáfora del "presente" en Bolaño; desde allí narra (o mejor dicho, enumera) el apocalipsis incesante que emana desde Santa Teresa, cuya genealogía arranca en la Segunda Guerra Mundial con el nazismo, y cuya realización tiene lugar en el presente post-histórico, bíblico, de "Santa Teresa."

"La parte de los crímenes" despliega así la suspensión de toda distinción absoluta entre la vida y la muerte, y lo hace contando (narrando, pero sobre todo acumulando, contabilizando) la aparición de esos cadáveres desfigurados sobre un territorio anómico. Esa "cuenta" atraviesa (agujerea) los lenguajes jurídicos (no hay resolución creíble de los crímenes), los vocabularios políticos (no queda ningún mecanismo para contener y reorganizar los antagonismos, para darle sentido colectivo) e incluso los lenguajes estéticos (esta "parte de los crímenes", trayendo materiales sensiblemente diferentes a la narrativa de Bolaño, parece interrumpir y obstaculizar los procedimientos narrativos más estabilizados de su escritura, que son los que predominan en las otras "partes" de *2666*); queda, como último recurso, el lenguaje religioso, el del apocalipsis como castigo

perpetuo, el de la profecía y el del triunfo del Mal como potencia demoníaca. Un Mal que se sustrae a toda racionalidad, a todo criterio o regla: "Santa Teresa" encarna la imposibilidad de determinar el núcleo del Mal, su sentido o misión; dispone, en cambio, su puro contagio, su pura circulación sin rostro propio, el Mal como vacío y multiplicidad.

El texto de Bolaño postula así un modo de resolver, a través de "Santa Teresa" como profecía total, *la condición postestatal como "estado de excepción" permanente*, aunque sin restitución de la ley trascendental del soberano, sin retorno del Estado.[vi] Es el estado de excepción como descomposición violenta e infinita. Esta es una versión del fin del Estado, versión que tiene lugar *bajo un signo moral*: el de un reino del Mal en el que el daño es irracional, atávico, ahistórico (o poshistórico), originado en el núcleo mismo de la especie, y que encuentra en el territorio profético de "Santa Teresa" su línea de despliegue definitivo. La serie, potencialmente infinita (de allí la profecía) de esas anatomías desfiguradas, informes, de esa materia arrancada a los cuerpos y vuelta *cosa muriente* sin nombre, es, en Bolaño, el espejo de la sociedad sin Estado (o de la sociedad donde el Estado y su orden jurídico se "deshace" incesantemente): la anomia como abismo hecho de esa carne irreconocible. Lo que "pasa" en Santa Teresa es la conversión de la persona en una *cosa muriente*: ése es el mito apocalíptico del presente de *2666*.

La reinvención de lo común

A pesar de sus diferencias marcadas – tanto a nivel de su concepción estética como en la construcción del lugar del escritor – los textos de Bolaño y de Noll se dan escenarios comparables: el de la migración como *errancia* global sin llegada y sin retorno, la diáspora como condición generalizada de existencia en un mundo que no ofrece protección ni morada para nadie – un mundo, como dice Noll en una frase exacta, que ha perdido "la aquiescencia de ser".[vii] Esa es la postal del "globo" que aparece en estos textos, donde se disuelve toda ilusión de interioridad, de hogar o patria como universo de amparo y de reconocimiento jurídico y cultural. Pero si esta exterioridad se cristaliza, en Bolaño, en el vértigo apocalíptico de "Santa Teresa", Noll apuesta por una dirección diferente: la de la invención, el hallazgo, la experiencia de dimensiones inéditas de lo *común.* Creo que la escritura de Noll – quizá, en este sentido, en las antípodas de la de Bolaño – es una exploración formidable sobre *los materiales y sobre la posibilidad misma de lo común allí donde los fundamentos de la comunidad* (la nación, el Estado, la cultura y tradición, la raza, la lengua –*e*

incluso la misma especie humana) *han sido erosionados o desmontados* con una intensidad sin retorno o restitución posible. Se trata de una pregunta, cada vez singular según los textos, por lo que "hay" en común entre los hombres pero arrojando el signo "humano" a una apertura radical, y postulando lo común no como un punto de partida sino como un efecto, como un resultado y un proceso. Y eso "común" pasa por una relación con lo viviente, con lo meramente biológico en tanto exceso o desperdicio del orden social, encarnado en cuerpos inasignables, anómalos – lo común en Noll se traza en la filigrana mínima de *eso* a lo que se reducen los cuerpos después de haber perdido lo que hace de ellos individuos, personas, de lo que los asigna en un mapa social. [viii]

"Escrever pra mim é um pouco a vontade de confronto com alguna força natural, não uma ação que se vá abotoando grau a grau, pra cumprir um significado soprado de antemão por um horizonte metafísico", dice Noll en una entrevista.[ix] Narrar es abordar ese límite de la "força natural", eso que postula un exceso respecto de toda significación previa, una opacidad respecto de toda gramática del sentido; es desde ese límite con lo "natural" – con lo biológico o lo viviente como revés del sentido – que la escritura de Noll enfrenta los dilemas en torno al estatuto del "yo" y de la experiencia en el presente.

Lorde, la novela de João Gilberto Noll del 2004 – el mismo año de publicación de *2666* – combina dos impulsos principales de la escritura de Noll – la amnesia y la enrancia. Un escritor brasileño es invitado a Londres, sin nunca entender el propósito de su visita, ni quienes lo invitan, ni las condiciones de su invitación. Su 'lugar' en Londres, y las condiciones de su subsistencia, se vuelven un enigma que el narrador va a perseguir por la ciudad misma, y alrededor del cual se va produciendo una suerte de transformación del personaje, incluso una transmutación: *cambia de estatuto y de cuerpo,* y en esa transformación los atributos que hacen a su "persona" y su identidad se van perdiendo o suspendiendo, abriendo el espacio para la aparición de una cuerpo reducido a sus funciones mínimas, a su vida "primaria", vuelto instancia de supervivencia. [x]

La condición de esta transformación es la amnesia: el narrador se define como amnésico, un "candidato al Alzheimer" (16); los ingleses, dice, habían llamado a su país a "un hombre que comenzaba a olvidar"; pierde su pasaporte brasileño en un "buraco da memoria" (43), etc. La amnesia es una suspensión veloz de los atributos "personales", una reducción de toda profundidad subjetiva de la que queda un cuerpo y su voz. "(E)u – dice el narrador – era o clássico indivíduo que havia muito não tinha mais nada a perder" (41). Fuera del intercambio, o mejor dicho en el espacio de un intercambio incierto, donde no se sabe qué se cambia por qué, la errancia del escritor brasileño

en Londres traza esa línea de separación entre un "yo" reconocible y ese cuerpo residual, ilegible, convertido en objeto de "asistencia humanitaria": es un "asilado sem causa"; "eu era – dice – um sobrevivente em flor" (87). Entonces, el lugar del escritor coincide con ese intervalo o espaciamiento entre la "persona" socialmente reconocible y esa existencia superviviente, más allá (por debajo) de la dignidad, del valor, de la productividad, de su legibilidad cultural y de los intercambios en torno a esa legibilidad. Su texto es el registro perplejo de esa dislocación, del destino errático de su cuerpo vuelto ese "mínimo" viviente.[xi]

Pero esa reducción, ese espacio de supervivencia donde el sujeto se reduce a la "casi nada" de su cuerpo, ese límite aparentemente negativo de lo meramente viviente se torna aquí otra cosa, línea de encuentro con una extraña potencia, instancia de extrañamiento y apertura que, desde lo corporal, despliega espacios de permutaciones, de mezclas, de encuentros o derivas en las que, de los modos más heterogéneos, un cuerpo se abre a otros cuerpos. ("La novela *Lorde* – señala Gonzalo Aguilar – "cuenta cómo transformarse en otro, cómo disolverse en el otro".) Cambia, si se quiere, la valencia de ese *mínimo*, de esa biología anómala que emerge bajo un doble signo: como objeto de asistencia – figura pasiva, puramente receptiva – pero al mismo tiempo como horizonte donde aparecen fuerzas "ciegas", de exploración y experimentación, un impulso a-personal que arrastra al personaje hacia el azar y hacia lo impensado (y la narración es el mecanismo de esa apertura a la pura contingencia.) El sexo – una sexualidad siempre divergente, puro enrarecimiento de las relaciones y de los cuerpos – es una realización clave de ese extrañamiento, y en *Lorde*, como en muchos textos de Noll, se vuelve una matriz de despersonalización, de salida de lo "propio."[xii] Lo que arrastra a los personajes no es la cultura, no es la historia personal, no es la identidad social, sino ese mínimo vital, esa "cosa viviente" que no se puede codificar como "persona" y que se despliega como *materia virtual*, como borde que, desde su "casi nada", empuja hacia lo impensado y lo contingente. La desprotección, el abandono, la pérdida de lo "propio" es la instancia de ese encuentro o hallazgo de esa corporalidad despojada a partir del cual se efectúan nuevos espacios de relación, nuevas líneas y espaciamiento *entre* cuerpos – ese "ato de me traduzir como seu proprio corpo" que es la sexualidad en *Lorde* (Noll, 2004, 116) (Nada, sin embargo, de "vitalismo": se trata de cuerpos anómalos, dañados, enfermos...No hay restitución de un cuerpo o fuerza originaria, intacta, sino derivas de cuerpos siempre ya decisivamente atravesados por experiencias de destitución y desamparo).

En "Lição de higiene", un cuento del reciente *A maquina de ser* (2006), Noll imagina "uma comunidade experimental, abnegada o suficiente para se deslanchar a cada manhã a partir das

próprias entranhas do zero" (52) – una comunidad hecha de niños que se intercambian todos los roles posibles: hombre/mujer, viejo/niño, Dios, médico, abuelo….Lo que interesa, sin embargo, son esas "entrañas del cero", la reducción a mínimo, ese umbral de vida desprovista de toda cualificación: ese mínimo, excedente o residual, que parece trazar el umbral desde donde es posible relanzar lo común. ¿Qué es, entonces, lo común aquí? Lo que cae fuera de lo "propio", de lo "individual" y lo "personal", pero que al mismo tiempo no conduce a un horizonte indiferenciado, al terreno de lo igual, lo homogéneo o lo idéntico, sino que por el contrario, funciona como el espacio de permutación, de intercambio entre singularidades; lo que "pasa" entre los cuerpos, y que se produce *a partir* del encuentro entre cuerpos (no lo que antecede dicho encuentro: lo común es inmanente a la emergencia de lo singular.) Por eso es el espacio donde la rareza se afirma: porque es lo que pasa entre cada "rareza", lo que las distribuye, les da un nuevo lugar. Lo común es el "tener lugar" de cada cuerpo como tal, el intervalo o espaciamiento producido a partir de la irrupción de los cuerpos en relación: lo común, entonces como dislocamiento de todo lugar "propio" y como posibilidad de otra sintaxis de cuerpos: "por eso" – dice el narrador de *Berkeley em Bellagio* (2003) – "vivíamos em eterno deslocamento, em fortuita expansão por entre os acampamentos dos sobrevivientes..." (10).

En *Minimos, múltiplos, comuns* (2003) – libro único y deslumbrante, hecho de "instantes ficcionales" – hay un texto sobre un mendigo al que le cortaron la lengua, y cuya única acción es la absoluta pasividad, la espera absoluta que se resuelve en un gesto: las manos alzadas, en espera de un don, una dádiva, "alguma substância [que] viesse a pousar de graça naquele território em concha." (168). Sin embargo, de esas manos en súplica, "tudo poderia lhe fugir". El mendigo es un cuerpo de lo mínimo: del despojo de toda propiedad, de toda dignidad, pero también de todo rasgo "personal"; pérdida incluso de aquello que, para muchos, define lo propio de lo humano, el lenguaje (tiene la lengua cortada: no puede pedir más que con el gesto.) Hasta la dádiva que pueda recibir, esa "substancia" posible, ese "contenido arredio", se le podria escapar (o, como sugiere el final del texto, tal vez ya se le perdió.) Ese cuerpo no sólo en el límite de lo social sino incluso en el umbral de la animalidad – mero "cuerpo vivo", revés del "sujeto hablante" como índice de humanidad – es aquí la sede de una extraña "*onipotencia*": tal es el título del texto, que parece encontrar una potencia desconocida en la casi nada de ese cuerpo, en su pasividad y su espera absoluta, una inoperatividad que, retirándose de los modos del reconocimiento social, hace aparecer una "vida" que no responde a ninguna "forma de vida", una suerte de contemplación de la propia potencia como apertura y como

espera. (Un "animal sabático", como escribe Agamben, que actualiza la imposibilidad de la vida de coincidir con una forma predeterminada (Agamben, 2005).) El desecho, el despojo, el abandonado, el inútil – los productos malditos pero sistemáticos de una época que sólo parece poder justificarse en su capacidad para *medir el valor* –, esos cuerpos que en Bolaño se convierten en organismos inertes desecrados al infinito, se vuelven en Noll la ocasión de experiencia ética y de interrogación estética sobre una "vida" que pone en crisis distribuciones estabilizadas entre el individuo y lo colectivo, entre lo privado y lo publico, entre el 'yo' y 'los otros', etc. y que excede todo mecanismo de apropiación (y por lo tanto, de identificación, codificación, capitalización) **–** una vida que se afirma en su potencialidad imprevista, incalculable, ciega, y por lo tanto, como origen contingente de lo posible. El desamparo y el abandono – la suspensión de la "persona" – son la condición de esa experiencia: son relatos que sólo pueden tener lugar allí donde los mecanismos de reconocimiento y protección de la vida – Estado, nación, comunidad – han sido erosionados; allí es posible postular o imaginar de nuevo los modos de lo común. Allí, como apunta el narrador de *Lorde*, "A natureza começava a tomar um sentido para mim inédito..." (75).

Ficciones de lo mínimo

Entre Bolaño y Noll, quiero sugerir, se ponen en juego modos contrapuestos de inscribir en el lenguaje y la cultura esa zona de indistinción de la "vida desnuda", que tiene lugar bajo el signo de lo meramente biológico, lo animalizado, lo menos-que-humano, la "cosa viviente." Entre ambos proyectos de escritura se traza una tensión que lee en la irrupción de cuerpos despojados de todo reconocimiento la fractura inherente de la idea de "persona" y de las construcciones jurídicas, políticas, sociales que la producen. Son textos que tienen lugar allí donde esas construcciones fallan, y es esa dislocación lo que vuelven su materia narrativa. Del mismo modo, muchas de las escrituras del "presente" hacen también de esa intrusión y esa contaminación su materia clave, de la que obtienen su horizonte de inteligibilidad. Allí podemos pensar, por caso, la cuestión de la violencia y su relación ambivalente con lo animal y lo animalizado en la escritura de Fernando Vallejo, o las figuras inciertas de los *homeless* rurales de un Estado-nación que se desvanece en *El desperdicio* (2007) de Matilde Sanchez, los cuerpos anómalos, experimentales de Mario Bellatin...Se trata de ficciones que parecen postular la emergencia de la "vida desnuda" como regla de un paisaje social inédito en el que las distinciones entre la vida humana y la vida biológica, entre la "persona", el

"animal" y la "cosa" ya no pueden contener o sofocar las aporías que las atraviesan, y donde el marco normativo (y "normalizador") del Estado como monopolio de la construcción de subjetividad – y de definiciones soberanas de la "dignidad humana" – ha sido desplazado de modo radical. Desde los cuerpos inertes, la "cosa cadavérica" hecha añicos del texto de Bolaño, hasta la extraña (y ciega) virtualidad que viene con los cuerpos de Noll, estas escrituras no hacen sino dar forma a los dilemas de ese nuevo universo.

Referencias bibliográficas:

Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vita*, Valencia: Pre-textos, 1999.

_____. *Il regno y la gloria. Per una genelogia teologica dell' economia e del governo.* Vicenza: Neri Pozza, 2005.

Bolaño, Roberto. *2666*, Barcelona: Anagrama, 2004.

Noll, João Gilberto. *Mínimos, múltiplos, comuns*, São Paulo: Francis, 2003.

_____. *Berkeley em Bellagio,* São Paulo: Francis, 2003.

_____. *Lorde*, São Paulo: Francis, 2004.

_____. *A máquina de ser*, Rio de Janeiro: Nova Frontera, 2006.

Resumen:

La noción de "vida desnuda", propuesta por Giorgio Agamben, aparece como uno de los lugares comunes de la cartografía imaginaria de nuestra época – un lugar común que, con mayor o menor éxito, inscribe y piensa algunas de las transformaciones de la relación entre vida y política de las últimas décadas. El artículo sugiere que dichas transformaciones abren un nuevo universos de materiales estéticos y de dilemas politicos, en el que la reducción a lo "meramente" biológico adquiere una nueva relevancia y una multiplicidad de significados. El contraste entre la producción reciente de João Gilberto Noll y de Roberto Bolaño permite mapear los sentidos de esa relevancia en la literatura latinoamericana contemporánea, y la naturaleza de los dilemas que presenta.

Palabras claves:

Vida desnuda, condición postestatal, biopolítica, animalidad, ficción latinoamericana contemporánea, escritura e impersonalidad.

Abstract:

The notion of "bare life", proposed by Giorgio Agambem, seems a common place in the imaginary cartography of our era – a common place that, in different degrees of success, attempts to think the transformations between life and politics in the last decades. The article proposes that those transformations open new domains of aesthetic materials and political interrogants, in which the reduction to the "merely" biological acquires a new relevance and a multiplicity of meanings. The contrast between the recent production by Roberto Bolaño and João Gilberto Noll maps the significance of such relevance in contemporary Latin American literature, and the nature of the dilemmas it poses.

Keywords:

Bare life, post-State condition, biopolitics, animality, contemporary Latin American fiction, writing and impersonality

Notas:

[i] Junto a Fermín Rodriguez, exploramos algunas de esas ambivalencias en torno a las inscripciones políticas de lo viviente en Giorgi, G. y Rodríguez, F., *Excesos de vida. Ensayos sobre biopolítica*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

[ii] No fue, desde luego, Agamben el primero en marcar el enlace entre lo biológico y lo político como rasgo característico de la modernidad –la cuestión refiere una larga tradición, de Nietszche a Foucault--, pero la cuestión de la "vida desnuda" parece indicar un momento de cristalización de ese debate, una línea de inflexión donde "los cuerpos" de los dispositivos foucaultianos se abren a la "vida" que los atraviesa y que los constituye, y que se torna el fondo en relación al cual pensamos la experiencia histórica y la condición política. Si en Foucault (y en sus primeras formulaciones sobre el biopoder) el cuerpo es una terminal de tecnologías políticas de normalización, control e individualización –pero también instancia de resistencia y desvío--, en Agamben (al igual que en otros pensadores, como Esposito o el mismo Deleuze) es la "vida" lo que se torna horizonte de inscripción de lo político: el *continuum* de lo viviente, como materia de gestión, reinvención, politización, allí donde los limites que demarcan lo "humano" se ponen en cuestión. Si la política de los cuerpos foucaultiana se conjuga alrededor de los mecanismos de individualización y de producción del "ciudadano disciplinado," y de poblaciones optimizadas en su potencial, la cuestión de la "vida desnuda" trae al centro de la escena la cuestión de una "vida" de estatuto incierto, despojada de atributos, en el *continuum* de lo animal y lo orgánico, vuelta instancia de abandono, destitución y violencia. Ver, en este sentido, Esposito, Roberto, *Bios. Biopolitica e filosofia*, Torino, Einaudi, 2004 (hay traducción al castellano: *Bios. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007).

[iii] El agrupamiento de experiencias y posiciones tan diversas es, desde luego, uno de los problemas claves, y no el menor, de la "vida desnuda" –pero lo que interesa es el hecho de que, acertadamente o no, nuestra época percibe estas experiencias bajo el signo de la "vida abandonada.".

[iv] La expresión es de Roberto Esposito. Ver Esposito, R., *Terza persona. Politica della vita e filosofia dell'impersonal*, Torino, Einaudi, 2007.

[v] Roberto Esposito ha estudiado la noción de "persona" como matriz jurídico-política de humanización en la modernidad. Para Esposito, la "persona", aunque indisolublemente ligada a un cuerpo viviente, nunca coincide íntegramente con ese cuerpo –por el contrario, es el mecanismo por el cual se traza una distinción entre lo meramente biológico, corporal,

entendido como “cosa”, y el universo de autonomía racional y/o volitiva que entendemos como “sujeto”. La persona es el mecanismo de esa distinción: distribuye lo que es artificial, o extranatural, de lo que corresponde a lo natural, la especie, lo animal, etc. Por eso interesa pensar el régimen de lo impersonal no como negación de la persona, sino como operaciones críticas que piensan y revierten los mecanismos que la fundan –de allí la significación de la ‘tercera persona’ como posibilidad de exceder el régimen del personalismo moderno. Ver Esposito, Roberto, op.cit.

[vi] Le debo esta observación a Orlando Bentancor.

[vii] “Noll, João Gilberto: Escrever pra mim é um pouco a vontade de confronto com alguma força natural”, entrevista, MINAS GERAIS. Suplemento Literário, Belo Horizonte, v. 26, n. 1178, p. 8-10, 1992.

[viii] En este sentido, Reinaldo Laddaga señala, a propósito de *A céu aberto* (1996) – aunque me parece que la afirmación ilumina otros textos de Noll – cómo el relato arrastra al sujeto “(h)acia la materia. Materia que no sólo reverencia, sino en la que quisiera reabsorberse, en un movimiento para el cual la noción habitual de ‘desubjetivación’ quizá no baste: se trata, más bien, de una licuefacción terminal de lo humano.” Ver Laddaga, Reinaldo, *Espectáculos de realidad. Ensayo sobre la narrativa latinoamericana de las últimas décadas*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2007, pag 88. Laddaga también encuentra la genealogía de esta interrogación en Clarice Lispector, quien construye “fabulaciones de sujetos imantados por un deseo de hacer contacto con lo que, en ellas o en ellos, sería un *eso* elemental.”, ibidem, p. 81.

[ix] ibidem

[x] “La experiencia del despojo –escribe Gonzalo Aguilar-- es, en *Lorde* y en las otras novelas de Noll, la narración misma.” Ver Aguilar, Gonzalo, “*Lorde* de João Gilberto Noll: la experiencia del despojo” , en Cronopios – Portal de literatura e arte, http://www.cronopios.com.br, accedido el 01-07-1008.

[xi] Diana Klinger subraya el “caráter teatral de figura autoral” en los textos recientes de Noll, enfatizando la inestabilidad de las construcciones textuales de la “persona” y su carácter antiesencial, incompleto, mutante. Ver Klinger, Diana, *Escritas de si, escritas do outro : o retorno do autor e a virada etnográfica : Bernardo Carvalho, Fernando Vallejo, Washington Cucurto, João Gilberto Noll, César Aira, Silviano Santigo*, Rio de Janeiro, 7Letras, 2007.

[xii] Paloma Vidal analiza las valencias de lo sexual en las obras tempranas de Noll: “*A fúria do corpo* –escribe-- muestra un cuerpo erotizado y desterrado, un ser vivo sin marcas de identidad o de nacionalidad, que se abandona al cuerpo del otro. Es una novela sobre el amor, el exceso, la disolución del yo.” Ver Vidal, Paloma, “La posibilidad de lo imposible”, *Revista Iberoamericana*, en prensa.